

Ríos, Jerónimo (2021): *Historia de la violencia en Colombia, 1946-2020. Una mirada territorial*, Madrid, Sílex Ediciones. pp. 488.

El conflicto armado colombiano, aparte de ser el más longevo, es, junto al guatemalteco, el conflicto más virulento del continente latinoamericano, con más de 220.000 víctimas mortales y ocho millones de desplazamientos forzados. Como es de esperar, un fenómeno de estas características ha acogido una ingente literatura que, desde multitud de disciplinas, han abordado las múltiples violencias que desembocan en la violencia armada colombiana. Ello es así, especialmente, habida cuenta de la multitud de etapas, actores y dinámicas experimentadas, en donde el colombiano ha sido un conflicto en el Estado y contra el Estado, en el que ha habido momentos de mayor éxito de las guerrillas, respuestas estatales de todo tipo y, asimismo, terceros actores como el paramilitarismo o el narcotráfico que no pueden ser desatendidos.

Como una contribución original, el extenso trabajo realizado por Jerónimo Ríos ofrece un análisis alternativo, centrado en aspectos que, mayormente, han sido desatendidos por la mirada predominante que intenta explicar el fenómeno de la violencia armada en Colombia. Esto es, se enfatiza en los desequilibrios territoriales que, desde hace décadas, tienen lugar en el país andino y se asume una controvertida hipótesis de partida: Colombia es un Estado con más territorio que soberanía. Así, a diferencia de otros trabajos, como los de Echandía (2006), Salas (2010; 2015) o Echandía y Cabrera (2017), *Historia de la violencia en Colombia* se presenta como un exhaustivo análisis repleto de entrevistas en profundidad, datos primarios y fuentes estadísticas inéditas que terminan siendo el resultado de varios años de trabajo de campo.

Aunque el volumen de fuentes secundarias es igualmente ingente, el trabajo de Ríos destaca por el valor de los testimonios utilizados. Expresidentes, ministros, generales, funcionarios del Estado colombiano, comandantes de las FARC-EP, del ELN o de los grupos paramilitares son combinados con una base de datos y un conjunto de mapas que conectan con las dinámicas territoriales de la violencia que el autor intenta destacar. Se asume que el negocio de la droga, pero también la geografía hostil, periférica y fronteriza son dos elementos que necesariamente intersectan con la longevidad y la evolución del conflicto interno. A tal efecto, fuentes provenientes de Naciones Unidas o la misma vicepresidencia de la República ofrecen un valor agregado a efectos de confiabilidad y rigor analítico.

Tal y como reconoce el prologuista, Eduardo Pizarro Leongómez, quien es posiblemente el académico más reconocido en el estudio de la violencia armada en Colombia, nos encontramos ante un trabajo cuya principal virtud es la singularidad de su estudio a través de quienes fueron protagonistas, de un modo u otro, de la violencia. Así, y aunque la mayor profundidad se ofrece respecto al periodo que transcurre entre 1998 y 2020, se agradece que el trabajo le dedique los capítulos iniciales a contextualizar al lector no solo el surgimiento de las primeras manifestaciones de violencia política –mayormente, en los años 40–, sino también el de las primeras guerrillas campesinas; allá por los años 60. De este modo, se puede observar no solo la aparición de las expresiones de autodefensa campesina, propias de los 50, sino también la diferencia en cuanto a su origen entre las FARC, el ELN o el EPL (como guerrillas de primera generación); y otras como el M-19 o la guerrilla indigenista Quintín Lame (segunda generación).

Queda la sensación, cuando uno lee *Historia de la violencia en Colombia*, de que el territorio es un factor determinante y explicativo no solo de las diferentes y múltiples violencias que ha sufrido el país, sino también de la misma necesidad de entender su superación, igualmente, atendiendo a la compleja heterogeneidad territorial que caracteriza a Colombia. Es por lo anterior por lo que los cárteles de la droga o los grupos paramilitares tuvieron una muy distinta representación en la geografía colombiana. Es decir, mientras que en unos lugares son actores determinantes en la concepción de la violencia y su afectación sobre la sociedad civil, en otros escenarios son relegados a un segundo plano, a razón de la impronta hegemónica que acompaña a las guerrillas, y especialmente a las FARC-EP.

Aunque la violencia y su relación con el territorio representan el binomio central del libro, la construcción de paz es igualmente un fenómeno con gran protagonismo en este trabajo. Especialmente, es ilustrativo cómo el autor muestra las diferentes concepciones de paz que acompañaron, sobre todo, a las presidencias de Andrés Pastrana (1998-2002), Álvaro Uribe (2002-2010) y Juan Manuel Santos (2010-2018). A tal efecto, el primero de ellos, a través del proceso del Caguán, se erige como el gran referente de la negociación fallida experimentada en Colombia a lo largo de su proceso de violencia. Sin embargo, la hipótesis que propone Ríos al respecto

es novedosa, acompañada por varios testimonios de actores clave del momento, tanto del Gobierno como de la guerrilla. Así, se presenta un proceso diferente, en donde el Estado pareciera acumular fuerzas para, en un futuro más próximo que lejano, revertir la situación de debilitamiento acumulada a lo largo de la década de los noventa.

Expresado de otro modo, para Ríos, el proceso fallido del Caguán marca un punto de inflexión, en tanto que permite al Estado impulsar ciertas reformas que fortalecen notablemente a la dimensión militar del Estado. Esta, una vez que el proceso de diálogo se rompe y llega a la presidencia Álvaro Uribe, se intensifica a través de la Política de Seguridad Democrática y el Plan Colombia –de varios miles de millones de dólares– suscrito con Estados Unidos. De esta manera, para finales de la primera década del siglo XXI, LA DERROTA ESTRATÉGICA, QUE NO MILITAR, DE LAS GUERRILLAS ES UN HECHO INELUDIBLE. UN PUNTO DE RUPTURA EN EL QUE LA LLEGADA DE JUAN MANUEL SANTOS A LA PRESIDENCIA OPERACIONALIZA EN TÉRMINOS DE “EMPATE MUTUO NEGATIVO”. ESTO ES, EL DEBILITAMIENTO DE LAS GUERRILLAS ES INNEGABLE, TODA VEZ QUE LA DERROTA MILITAR DEL ESTADO ES UNA META POCO PLAUSIBLE A CORTO PLAZO. MOMENTO POR EL CUAL, A DIFERENCIA CON EL PASADO, ES EL IDÓNEO PARA ENTABLAR UN PROCESO DE DIÁLOGO FORMAL.

A todo este tiempo que transcurre entre 1998 y 2012, Ríos le dedica cientos de páginas que permiten al lector adentrarse en los entresijos de la violencia y conocer por qué entonces y no antes, deviene posible un cambio de 180 grados en la política de seguridad colombiana, y se entabla un diálogo tanto con las FARC-EP (2012-2016) como con el ELN (2016-2017). A estos procesos de diálogo y los contextos sobre los cuales evolucionan, el libro le dedica su último capítulo. Nuevamente, relatos de los negociadores del Gobierno y la guerrilla enriquecen el universo de datos y fuentes que ofrece el libro. Asimismo, el problema de las drogas ilícitas y las importantes fracturas territoriales se erigen como elementos explicativos de los procesos de continuidad de la violencia y superación de la misma a través de la búsqueda de la paz territorial.

Igualmente, este último trabajo no profundiza en las violencias surgidas tras el Acuerdo de Paz con las FARC-EP, en 2016, y la ruptura con el ELN, en 2018. Tal vez porque son aspectos que son abordados en un nuevo libro del autor que, casi a la vez que este, ha sido publicado: *Colombia (2016-2021). De la paz territorial a la violencia no resuelta* (Madrid, Catarata, 2021). De este modo, y aunque es posible encontrar explicaciones que adelantan por qué surgen las disidencias de las FARC-EP en ciertos escenarios y por qué se rearma el ELN en otros, son aspectos que no se resuelven con la profundidad con la que el libro aborda el periodo 1998-2016. No obstante, las dos grandes hipótesis que ofrece Ríos para explicar la violencia reciente en Colombia, como es el caso de la *periferialización* y la *narcotización*, pueden ser perfectamente retomadas para analizar la violencia acontecida en los últimos cinco años.

En conclusión, nos encontramos ante un libro profundo, riguroso, repleto de fuentes primarias y secundarias, y con un lenguaje adaptado a un público que no necesariamente ha de ser conocedor avezado del caso colombiano, lo cual permite comprender, de manera sencilla, un proceso complejo, longevo y cambiante de violencia. Seguramente, será un texto de referencia para uno de los autores de obligada mención en España en lo que al estudio de la violencia en América Latina se refiere.

Barış Tuğrul
Universidad Hacettepe de Ankara (Turquía)
btugrul@gmail.com